



El cumpleaños de Julia

Julia era una niña de cinco años con una melena pelirroja que brillaba bajo el sol como el fuego y unos ojos marrones llenos de curiosidad. En pocos días cumpliría seis años, y estaba emocionadísima, no solo porque amaba los cumpleaños, sino porque este año tenía un deseo especial: aprender a patinar.

Cada tarde, al salir del colegio en su barrio de Guadalajara, Julia se quedaba observando a los chicos mayores en el parque. Patinaban con destreza, haciendo giros, saltos y figuras que parecían sacadas de un espectáculo. Julia soñaba con poder deslizarse igual que ellos algún día.

Una mañana, mientras desayunaba con sus padres, recibió una gran sorpresa. Sobre la mesa había una caja grande envuelta con papel de colores y un lazo azul brillante.

—¡Feliz cumpleaños adelantado, Julia! —dijeron sus padres con una sonrisa.

Julia abrió la caja con emoción y encontró unos patines preciosos en su interior. Eran de color azul cielo con pequeños destellos dorados que parecían estrellas.



—Son para ti —dijo su madre—. Ahora podrás aprender a patinar como siempre has querido.

Julia estaba tan feliz que se puso los patines inmediatamente y salió al patio a probarlos. Sin embargo, patinar no era tan sencillo como ella imaginaba. Tropezó, se tambaleó y cayó varias veces. Cada caída le dolía un poco, pero su ilusión era más fuerte que los raspones.

Esa noche, mientras guardaba los patines en su habitación, notó algo curioso. Dentro de uno de ellos había un pequeño papel doblado. Julia lo abrió y leyó: **“Estos patines son mágicos, pero solo funcionarán con tu corazón. Cree en ti misma y volarás como el viento.”**

Julia no entendió del todo, pero esas palabras la hicieron sonreír. Cerró los ojos y se fue a dormir soñando que algún día podría patinar sin miedo.

Al día siguiente, llevó sus patines al parque. Al principio, todo fue igual que antes: tropezones, caídas y raspones. Pero entonces recordó el mensaje del papel. Cerró los ojos un momento, respiró profundamente y pensó: *“Cree en ti misma.”*

Cuando lo intentó de nuevo, algo mágico ocurrió. Comenzó a deslizarse suavemente, primero con algo de temor, pero poco a poco con más confianza. Los movimientos que antes parecían imposibles ahora fluían con naturalidad. Sentía que sus pies la guiaban, como si los patines supieran exactamente qué hacer.

—¡Julia! ¡Lo estás logrando! —gritó su amiga Sofía, que la estaba viendo desde un banco cercano.



Con una sonrisa inmensa, Julia continuó patinando. Dio giros, hizo pequeñas vueltas y, por primera vez, no tuvo miedo de caerse. Se dio cuenta de que la verdadera magia no estaba en los patines, sino dentro de ella: la magia de creer en sí misma y nunca rendirse.

Cuando llegó el día de su cumpleaños, Julia patinó delante de sus amigos y familiares en el parque. Todos aplaudieron con asombro al ver lo bien que se movía. Ella irradiaba confianza y felicidad.

Julia había aprendido una valiosa lección: con perseverancia, confianza y un poco de magia interior, podía lograr cualquier cosa que se propusiera. Desde entonces, los patines se convirtieron en su herramienta para volar, pero la verdadera magia siempre estuvo en su corazón.